

# Catalina Levinton

## Recital Poetico

JIMENEZ *España*

MISTRAL *Chile*

DARÍO *Nicaragua*

STORNI *Argentina*

CHOCANO *Perú*

DE IBARBOUROU *Uruguay*

NERVO *México*

VALENCIA *Colombia*

LORCA *España*

CONTENTS:

1 LP  
1 text (7 p.)

PQ  
6176  
L48  
1958  
c.1

MUSIC LP

University of Alberta Library



0 1620 0506 5949

Rosenhouse



CATALINA LEVINTON  
RECITAL POETICO

FL 9925

Descriptive notes are inside pocket

Library of Congress Catalogue Card No. R58344

©1958 FOLKWAYS RECORDS AND SERVICE CORP.  
701 SEVENTH AVE., N.Y.C., U.S.A.



FOLKWAYS RECORDS Album No. FL 9925  
© 1958 Folkways Records and Service Corp., 701 Seventh Ave., NYC USA

LIBRARY  
UNIVERSITY OF ALBERTA

FOLKWAYS RECORDS / NY  
FL 9925

# Catalina Levinton

## Recital Poético

JIMENEZ *España*

MISTRAL *Chile*

DARÍO *Nicaragua*

STORNI *Argentina*

CHOCANO *Perú*

DE IBARBOUROU *Uruguay*

NERVO *México*

VALENCIA *Colombia*

LORCA *España*

*Rosenhouse*

PQ  
6176  
L48  
1958

MUSIC LP



CATALINA LEVINTON: La declamadora argentina es profesora nacional egresada del "Conservatorio Nacional de Música y Declamación" de Buenos Aires. Fué su maestra de declamación la eminente poetisa argentina Alfonsina Storni y su profesor de literatura el gran poeta Arturo Capdevila ambos eran profesores del "Conservatorio Nacional." Catalina Levinton tuvo además profesores de impostación de la voz -- gimnasia mimica -- historia del arte, etc. Ella se ha dedicado muy especialmente, además de la declamación, a la dicción y al arte escénico -- grabó el primer disco argentino de trabalenguas -- actuó en radio y televisión para la "Comisión Nacional de Cultura de la Argentina" -- actúa también en el Uruguay -- tiene un numeroso alumnado -- ofreció recitales poéticos y teatro breve personalmente y con sus alumnos -- ha sido elegida por Alfonsina Storni como la mejor voz de la clase. Es también autora de "Teatro Para Niños."

En Estados Unidos actuó en numerosos recitales -- radio -- televisión -- en el Brooklyn College -- en "WRVL" Radio Internacional de Nueva York -- en audiciones que se transmiten para Hispano America Y Espana -- en WWRL, actuó también en Recitales organizados por el "Centro Mexicano" Instituto de Puerto Rico -- Círculo de Escritores y Poetas Iberoamericanos -- Ateneo Cubano, También Con Extraordinario Exito en Montreal (Canada) en C.B.C. "Canadian Broadcasting Corporation" en el "Carnegie Recital Hall" Etc...



JUAN RAMON JIMENEZ  
(ESPAÑA)

A) PLATERO

Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro.

Lo dejo suelto, y se va al prado, y acaricia tibiamente con su hocico, rozándolas apenas, las florecillas rosas, celestes y gualdas ... Lo llamo dulcemente: "¿Platero?", y viene a mí con un trotecillo alegre que parece que se ríe, en no sé qué cascabeleo ideal...

Come cuanto le doy. Le gustan las naranjas mandarinas, las uvas moscateles, todas de ámbar, los higos morados, con su cristalina gotita de miel...

Es tierno y mimoso igual que un niño, que una niña...; pero fuerte y seco como de piedra. Cuando paso sobre él, los domingos, por las últimas callejas del pueblo, los hombres del campo, vestidos de limpio y despaciosos, se quedan mirándolo:

--Tiene acero...

Tiene acero. Acero y plata de luna, al mismo tiempo.

B) LA MUERTE

Encontré a Platero echado en su cama de paja, blandos los ojos y tristes. Fui a él, lo acaricié, hablándole, y quise que se levantara...

El pobre se removió todo bruscamente, y dejó una mano arrojada...No podía...Entonces le tendí su mano en el suelo, lo acaricié de nuevo con ternura, y mandé venir a su médico. El viejo Darbón, así que lo hubo visto, sumió la enorme boca desdentada hasta la nuca y meció sobre el pecho la cabeza congestionada, igual que un péndulo.

--Nada bueno, ¿eh?

No sé qué contestó...Que el infeliz se iba...Nada...Que un dolor...Que no sé qué raíz mala... La tierra, entre la hierba...

A mediodía, Platero estaba muerto. La barriguilla de algodón se le había hinchado como el mundo, y sus patas, rígidas y descoloridas, se elevaban al cielo. Parecía su pelo rizado ese pelo de estopa apolillada de las muñecas viejas, que se cae, al pasarle la mano, en una polvorienta tristeza...

Por la cuadra en silencio, encendiéndose cada vez que pasaba por el rayo de sol de la ventanilla, revolaba una bella mariposa de tres colores ...

C) NOSTALGIA

Platero, tú nos ves, ¿verdad?

¿Verdad que ves cómo se ríe en paz, clara y fría, el agua de la noria del huerto; cuál vuelan, en la luz última, las afanosas abejas, en torno del romero verde y malva, rosa y oro por el sol que aún enciende la colina?

Platero, tú nos ves, ¿verdad?

¿Verdad que ves pasar por la cuesta roja de la Fuente Vieja los borriquillos de las lavanderas, cansados, cojos, tristes en la inmensa pureza que une tierra y cielo en un solo cristal de esplendor?

Platero, tú nos ves, ¿verdad?

¿Verdad que ves a los niños corriendo, arrebatados, entre las jaras, que tienen posadas en sus ramas sus propias flores, liviano enjambre de vagas mariposas blancas, goteadas de carmín?

Platero, tú no ves, ¿verdad?

Platero, ¿verdad que tú nos ves? Sí, tú me ves. Y yo oigo en el poniente despejado, endulzando todo el valle de las viñas, tu tierno rebuzno lastimero...

D) MELANCOLIA

Esta tarde he ido con los niños a visitar la sepultura de Platero, que está en el huerto de la Piña, al pie del pino paternal. En torno, Abril había adornado la tierra húmeda de grandes lirios amarillos.

Cantaban los chamarices allá arriba, en la cúpula verde, toda pintada de cenit azul, y su trino menudo, florido y reidor, se iba en el aire de oro de la tarde tibia, como un claro sueño de amor nuevo.

Los niños, así que iban llegando, dejaban de gritar. Quietos y serios, sus ojos brillantes en mis ojos, me llenaban de preguntas ansiosas.

--¡Platero amigo!--le dije yo a la tierra--; si, como pienso, estás ahora en un prado del cielo y llevas sobre tu lomo peludo a los ángeles adolescentes, ¿me habrás, quizá, olvidado? Platero, dime: ¿te acuerdas aún de mí?

Y, cual contestando mi pregunta, una leve mariposa blanca, que antes no había visto, revolaba insistentemente, igual que un alma, de lirio a lirio...

GABRIELA MISTRAL  
(LUCILA ALCAYAGA GODOY)  
(CHILE)

DIOS LO QUIERE

La tierra se hace madrastra  
Si tu alma vende a mi alma,  
Llevan un escalofrío  
De tribulación las aguas.  
El mundo fue mas hermoso  
Desde que yo te fui aliada,  
Cuando junto de un espino  
Nos quedamos sin palabras,  
¡Y el amor como el espino  
Nos traspasó de fragancia!

Pero te va a brotar víboras  
La tierra si vendes mi alma;  
Baldías del hijo, rompo  
Mis rodillas desoladas.  
Se apaga Cristo en mi pecho,  
¡Y la puerta de mi casa  
Quiebra la mano al mendigo  
Y avienta a la atribulada!

II

Beso que tu boca entregue  
A mis oídos alcanza,  
Porque las grutas profundas  
Me devuelven tus palabras.  
El polvo de los senderos  
Guarda el olor de tus plantas  
Y oteándolo, como un siervo,  
Te sigo por las montañas ----

A la que tu ames, las nubes  
La pintan sobre mi casa.  
Vé cual ladrón a besarla  
De la tierra en las entrañas;  
Mas, cuando el rostro le alces,  
Hallas mi cara con lágrimas.  
Dios no quiere que tu tengas  
Sol, si conmigo no marchas.  
Dios no quiere que tu bebas  
Si yo no tiemblo en tu agua.  
No consiente que tu duermas  
Sino en mi trenza ahuecada.

III

Si te vas, hasta en los musgos  
Del camino, rompes mi alma;  
Te muerden la sed y el hambre  
En todo monte o llanada  
Y en cualquier país las tardes  
Con sangre seran mis llagas.  
Y destilo de tu lengua  
Aunque a otra mujer llamaras,  
Y me clavo como un dejo  
De salmuera en tu garganta;  
Y odies, o cantes, o ansies,  
¡Por mí solamente clamas!

Si te vas y mueres lejos,  
Tendrás la mano ahuecada  
Diez años bajo la tierra  
Para recibir mis lágrimas,  
Sintiendo como te tiemblan  
Las carnes atribuladas,  
;Hasta que te espolvoreen  
Mis huesos sobre la cara!

RUBÉN DARÍO  
(NICARAGUA)

A MARGARITA DEBAYLE

Margarita, está linda la mar,  
Y el viento  
Lleva esencia sutil de azahar;  
Yo siento  
En el alma una alondra cantar:  
Tu acento.  
Margarita, te voy a contar  
Un cuento.

Éste era un rey que tenía  
Un palacio de diamantes,  
Una tienda hecha del día  
Y un rebaño de elefantes,  
Un kiosco de malaquita,  
Un gran manto de tisú,  
Y una gentil princesita,  
Tan bonita,  
Margarita,  
Tan bonita como tú.

Una tarde la princesa  
Vió una estrella aparecer;  
La princesa era traviesa  
Y la quiso ir a coger.

La quería para hacerla  
Decorar un prendedor,  
Con un verso y una perla,  
Y una pluma y una flor.

Las princesas primorosas  
Se parecen mucho a ti:  
Cortan lirios, cortan rosas,  
Cortan astros. Son así.

Pues se fué la niña bella,  
Bajo el cielo y sobre el mar,  
A cortar la blanca estrella  
Que la hacía suspirar.

Y siguió camino arriba,  
Por la luna y más allá;  
Mas lo malo es que ella iba  
Sin permiso del papá.

Cuando estuvo ya de vuelta  
De los parques del Señor,  
Se miraba toda envuelta  
En un dulce resplandor.

Y el rey dijo: "¿Que te has hecho  
Te he buscado y no te hallé;  
Y ¿qué tienes en el pecho,  
Que encendido se te ve?"

La princesa no mentía.  
Y así, dijo la verdad:  
"Fuí a cortar la estrella mía  
A la azul inmensidad."

Y el rey clama: "¿No te he dicho  
Que el azul no hay que tocar?  
¿Qué locura! ¿Qué capricho!  
El Señor se va a enojar".

Y dice ella: "No hubo intento;  
Yo me fuí no sé por qué;  
Por las olas y en el viento  
Fuí a la estrella y la corté".

Y el papá dice enojado:  
"Un castigo has de tener:  
Vuelve al cielo, y lo robado  
Vas ahora a devolver".

La princesa se entristece  
Por su dulce flor de luz,  
Cuando entonces aparece  
Sonriendo el buen Jesús.

Y así dice: "En mis campiñas  
Esa rosa le ofrecí:  
Son mis flores de las niñas  
Que al soñar piensan en mí."

Viste el rey ropas brillantes,  
Y luego hace desfilar  
Cuatrocientos elefantes  
A la orilla de la mar.

La princesita está bella,  
Pues ya tiene el prendedor  
En que lucen con la estrella,  
Verso, perla, pluma y flor.

Margarita, está linda la mar,  
Y el viento  
Lleva esencia sutil de azahar:  
Tu aliento.  
Ya que lejos de mí vas a estar,  
Guarda, niña, un gentil pensamiento  
Al que un día te quiso contar  
Un cuento.

ALFONSINA STORNI  
(ARGENTINA)

DOLOR

Quisiera esta tarde divina de octubre  
pasear por la orilla lejana del mar;

que la arena de oro y las aguas verdes  
y los cielos puros me vieran pasar...

Ser alta, soberbia, perfecta, quisiera,  
como una romana, para concordar

con las grandes olas, y las rocas muertas  
y las anchas playas que ciñen el mar.

Con el paso lento y los ojos fríos  
y la boca muda dejarme llevar;

ver como se rompen las olas azules  
contra los granitos y no parpadear;

ver como las aves rapaces se comen  
los peces pequeños y no suspirar;

pensar que pudieran las frágiles barcas  
hundirse en las aguas y no despertar;

ver que se adelanta, la garganta libre,  
el hombre más bello; no desear amar...



Perder la mirada, distraídamente,  
perderla y que nunca la vuelva a encontrar;

y, figura erguida entre cielo y playa,  
sentirme el olvido perenne del mar.

JOSÉ SANTOS CHOCANO  
(PERÚ)  
¿QUIÉN SABE!

Indio que asomas a la puerta  
de esa tu rústica mansión:  
¿para mi sed no tienes agua?  
¿para mi frío, cobertor?  
¿parco maíz para mi hambre?  
¿para mi sueño, mal rincón?  
¿breve quietud para mi andanza?  
--¿Quién sabe, señor!

Indio que labras con fatiga  
tierras que de otros dueños son:  
¿ignoras tú que deben tuyas  
ser, por tu sangre y tu sudor?  
¿ignoras tú que audaz codicia,  
siglos atrás, te las quitó?  
¿ignoras tú que eres el Amo?  
--¿Quién sabe, señor!

Indio de frente taciturna  
y de pupilas sin fulgor:  
¿qué pensamiento es el que escondes  
en tu enigmática expresión?  
¿qué es lo que buscas en tu vida?  
¿qué es lo que imploras a tu Dios?  
¿qué es lo que sueña tu silencio?  
--¿Quién sabe, señor!

¿Oh raza antigua y misteriosa,  
de impenetrable corazón,  
que sin gozar ves la alegría  
y sin sufrir ves el dolor:  
eres augusta como el Ande,  
el Grande Océano y el Sol!  
Ese tu gesto que parece  
como de vil resignación  
es de una sabia indiferencia  
y de un orgullo sin rencor...

Corre en mis venas sangre tuya,  
y, por tal sangre, si mi Dios  
me interrogase qué prefiero  
--cruz o laurel, espina o flor,  
beso que apague mis suspiros  
o hiel que colme mi canción--  
responderíale dudando:  
--¿Quién sabe, señor!

JUANA DE IBARBOUROU  
(URUGUAY)

#### LA INQUIETUD FUGAZ

He mordido manzanas y he besado tus labios.  
Me he abrazado a los pinos olorosos y negros.  
Hundí, inquieta, mis manos en el agua que corre.  
He huroneado en la selva milenaria de cedros  
que cruza la pradera como una sierpe grave,  
y he corrido por todos los pedrosos caminos  
que ciñen como fajas la ventruda montaña.

¿Oh amado, no te irrites por mi inquietud sin tregua!  
¿Oh amado, no me riñas porque cante y me ría!  
Ha de llegar un día en que he de estar me quieta,  
¡ay, por siempre, por siempre!  
con las manos cruzadas y apagados los ojos,  
con los oídos sordos y con la boca muda,  
y los pies andariegos en reposo perpetuo  
sobre la tierra negra.  
Y estará roto el vaso de cristal de mi risa  
en la grieta obstinada de mis labios cerrados.

Entonces, aunque digas:-- Anda!, ya no andaré.  
Y aunque me digas:-- Canta!, no volveré a cantar.  
Me iré desmenuzando en quietud y en silencio  
bajo la tierra negra,  
mientras encima mío se oirá zumbir la vida  
como una abeja ebria.

¿Oh, déjame que guste el dulzor del momento  
fugitivo e inquieto!

¿Oh, deja que la rosa desnuda de mi boca  
se te oprima a los labios!

Después será cenizas bajo la tierra negra.

AMADO NERVO  
(MÉXICO)

#### ¿LLORAR? ¿POR QUÉ?

Este es el libro de mi dolor:  
lágrima a lágrima lo formé;  
una vez hecho, te juro, por  
Cristo, que nunca más lloraré.  
¿Llorar? Por qué!

Serán mis rimas como el rielar  
de una luz íntima, que dejaré  
en cada verso; pero llorar,  
¡eso ya nunca! ¿Por quién? ¿Por qué?

Serán un plácido florilegio  
un haz de notas que regaré,  
y habrá una risa por cada arpegio,  
¿Pero una lágrima? ¿Qué sacrilegio!  
Eso ya nunca. Por quién? Por qué?

#### OFERTORIO

Dios mío, yo te ofrezco mi dolor:  
¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!  
Tú me diste un amor, un solo amor,  
¡un gran amor!

Me lo robó la muerte  
...y no me queda más que mi dolor.  
Acéptalo, Señor:  
¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!...

GUILLERMO VALENCIA  
(COLOMBIA)

PALEMÓN EL ESTILITA

Palemón el Estilita, sucesor del viejo Antonio,  
que burló con tanto ingenio las astucias del demonio,  
antiquísima columna de granito  
se ha buscado en el desierto por mansión,  
y en un pie sobre la stela  
ha pasado muchos días  
inspirando a sus oyentes  
el horror a los judíos  
y el horror a las judías  
que endiosaron ¡Dios del cielo!  
que endiosaron a una hermosa  
de la vida borrascosa,  
que llamaban Herodías.

Palemón el Estilita "era un Santo". Su retiro  
circuían mercaderes de Lycopes y de Tiro.  
judaizantes de apartadas sinagogas  
que anhelaban de sus labios escuchar  
la palabra de consuelo,  
la palabra de verdad  
que nos salve del castigo  
y de par en par el Cielo  
nos entregue: solo abrigo  
contra el perfido enemigo  
que nos busca sin cesar  
y nos tienta con el fuego de unos ojos  
que destellan bajo el lino de una toca,  
con la púrpura de frescos labios rojos  
y los pálidos marfiles de una boca.

Al redor de la columna que habitaba el Estilita,  
con un mar efervescente, muchedumbre ingente agita  
los turbantes, los bastones y los brazos,  
y demanda su sermón al solitario,  
cuya hueca voz de enfermo  
fuerzas cobra ante la mies  
que el Señor ha deparado  
a su hoz, y cruza el yermo  
que turbaron otros tiempos los timbales de Ramsés.

Y les habla de las obras de piedad y sacrificio,  
de las rudas tentaciones del Apóstol, y del vicio  
que llevamos en nosotros; del ayuno y el cilicio,  
del vivir año tras año con las fieras  
bajo rotos quitasoles de palmeras;  
y les cuenta lo que es sed y lo que es hambre,  
lo que son las noches cálidas de Libia,  
cuando bulle de planetas un enjambre,  
y susurra en los palmares la aura tibia,  
que provocan en el ánimo cansado,  
de una vida muerta y loca  
los recuerdos tormentosos  
que en los días pesados,  
que en los días soñolientos  
de tristezas y de calma  
nos golpean en el alma  
con sus mágicos acentos  
cual la espuma débil  
toca  
la cabeza dura y fría  
de la roca.  
De la turba que le oía  
una linda pecadora  
destacóse: parecía  
la primera luz del día,  
y en lo negro de sus ojos  
la mirada tentadora  
era un áspid: amplia túnica de grana  
dibujaba las esferas de su seno;  
nuna vieran los jardines de Ecbatana  
otro talle más airoso, blanco y lleno;

bajo el arco victorioso de las cejas  
era un triunfo la pupila quieta y brava,  
y, cual conchas sonrosadas, las orejas  
se escondían bajo un pelo que temblaba  
como oro derretido;  
de sus manos blancas, frescas,  
el purísimo diseño  
semejaba lotos vivos  
de alabastro,  
irradiaba toda ella  
como un astro:  
era un sueño  
que vagaba  
con la turba adormecida  
y cruzaba  
--la sandalia al pie ceñida--  
cual la muda sombra errante  
de una sílfide,  
de una sílfide seguida  
por su amante.  
Y el buen monje  
la miraba,  
la miraba,  
la miraba,  
y, queriendo hablar, no hablaba,  
y sentía su alma esclava  
de la bella pecadora de mirada tentadora,  
y un ardor nunca sentido  
sus arterias encendía,  
y un temblor desconocido  
su figura  
larga  
y flaca  
y amarilla  
sacudía;  
era amor! El monje adusto  
en esa hora sintió el gusto  
de los seres y la vida;  
su guarida  
de repente abandonaron  
pensamientos tenebrosos  
que en la mente  
se asilaron  
del proscrito  
que, dejando su columna  
de granito,  
y en coloquio con la bella  
cortesana,  
se marchó por el desierto  
despacito ... despacito...  
a la vista de la muda,  
¡a la vista de la absorta caravana!

FEDERICO GARCIA LORCA

LLANTO POR IGNACIO SANCHEZ MEJÍA

a) La Cogida y La Muerte

A las cinco de la tarde.  
Eran las cinco en punto de la tarde.  
Un niño trajo la blanca sabana  
a las cinco de la tarde.  
Una espuerta de cal ya prevenida  
a las cinco de la tarde.  
Lo demás era muerte y solo muerte,  
a las cinco de la tarde.

El viento se llevó los algodones  
a las cinco de la tarde  
y el óxido sembró cristal y níquel  
a las cinco de la tarde.  
Ya luchan la paloma y el leopardo  
a las cinco de la tarde  
y un muslo con un asta desolada  
a las cinco de la tarde.



Comenzaron los sonos do bordón  
a las cinco de la tarde.  
Las campanas de arsénico y el humo  
a las cinco de la tarde.  
En las esquinas grupos de silencio  
a las cinco de la tarde.  
¡Y el toro solo corazón arriba!  
a las cinco de la tarde.

Cuando el sudor de nieve fué llegando  
a las cinco de la tarde.  
Cuando la plaza se cubrió de yodo  
a las cinco de la tarde  
la muerte puso huevos en la herida  
a las cinco de la tarde  
a las cinco de la tarde  
a las cinco en punto de la tarde.

Un ataúd con ruedas es la cama  
a las cinco de la tarde.  
Huesos y flautas suenan en su oído  
a las cinco de la tarde.  
El toro ya mugía por su frente  
a las cinco de la tarde.  
El cuarto se irisaba de agonía  
a las cinco de la tarde.

A lo lejos ya viene la gangrena  
a las cinco de la tarde.  
Trompa de lirio por las verdes ingles  
a las cinco de la tarde.  
Las heridas quemaban como soles  
a las cinco de la tarde.  
Y el gentío rompía las ventanas  
a las cinco de la tarde.

A las cinco de la tarde  
¡Ay, qué terribles cinco de la tarde!  
¡Eran las cinco en todos los relojes!  
¡Eran las cinco en sombra de la tarde!

FEDERICO GARCIA LORCA

LLANTO POR IGNACIO SANCHEZ MEJIA

b) La Sangre Derramada

¡Que no quiero verla  
Dile a la luna que venga,  
que no quiero ver la sangre  
de Ignacio sobre la arena.  
¡Que no quiero verla!  
La luna de par en par.  
Caballo de nubes quietas,  
y la plaza gris del sueño  
con sauces en las barreras.  
¡Que no quiero verla!  
Que mi recuerdo se quema.  
¡Avisad a los jazmines  
con su blancura pequeña!  
¡Que no quiero verla!  
La vaca del viejo mundo  
pasaba su triste lengua  
sobre un hocico de sangres  
derramadas en la arena,  
y los toros de Guisando.  
casi muerte y casi piedra,  
mugieron como dos siglos  
hartos de pisar la tierra.  
No.  
¡Que no quiero verla!  
Por las gradas sube Ignacio  
con toda su muerte a cuestras.  
Buscaba el amanecer  
y el amanecer no era.

Busca su perfil seguro,  
y el sueño lo desorienta.  
Buscaba su hermoso cuerpo  
y encontró su sangre abierta.  
¡No me digáis que la vea!  
No quiero sentir el chorro  
cada vez con menos fuerza;  
ese chorro que ilumina  
los tendidos y se vuelca  
sobre la pana y el cuero  
de muchedumbre sedienta.  
¡Quién me grita que me asome!  
¡No me digáis que la vea!  
No se cerraron sus ojos  
cuando vió los cuernos cerca  
pero las madres terribles  
levantaron la cabeza.  
Y a través de las ganaderías,  
hubo un aire de voces secretas  
que gritaban a toros celestes,  
mayorales de pálida niebla.  
No hubo príncipe en Sevilla  
que comparársele pueda,  
ni espada como su espada  
ni corazón tan de veras.  
Como un río de leones  
su maravillosa fuerza,  
y como un toro de mármol  
su dibujada prudencia.

Aire de Roma andaluza  
le doraba la cabeza  
donde su risa era un nardo  
de sal y de inteligencia.  
¡Qué gran torero en la plaza!  
¡Qué buen serrano en la sierra!  
¡Qué blando con las espigas!  
¡Qué duro con las espuelas!  
¡Qué tierno con el rocío!  
¡Qué deslumbrante en la feria!  
¡Qué tremendo con las últimas  
banderillas de tiniebla!  
Pero ya duerme sin fin.  
Ya los musgos y la hierba  
abren con dedos seguros  
la flor de su calavera.  
Y su sangre ya viene cantando:  
cantando por marismas y praderas,  
resbalando por cuernos ateridos,  
vacilando sin alma por la niebla,  
tropezando con miles de pezuñas  
como una larga, oscura, triste lengua,  
para formar un charco de agonía  
junto al Guadalquivir de las estrellas.  
¡Oh blanco muro de España!  
¡Oh negro toro de pena!  
¡Oh sangre dura de Ignacio!  
¡Oh ruiseñor de sus venas!  
No.  
¡Que no quiero verla!  
Que no hay cáliz que la contenga,  
que no hay golondrinas que se la beban,  
no hay escarcha de luz que la enfríe,  
no hay canto ni diluvio de azúcenas,  
no hay cristal que la cubra de plata.  
No.  
¡Yo no quiero verla!!